

“Trabajo de Campo”

Manuel recién había salido de la universidad; en sus estudios profesionales había aprendido muchos conocimientos teóricos y también se había dado cuenta de muchas cosas que pasaban en la vida real. Sus principios y valores aprendidos en casa e inculcados por sus padres a veces chocaban o se estrellaban con la cruda realidad de un mundo muy difícil y muy desconcertante. Una de las cosas que más lo afectaban era el mérito de muchos egresados de su carrera que salieron con un buen promedio, acostumbrados a copiar. Claramente recuerda que mientras que él duraba horas leyendo libros de las materias escolares previo a los exámenes, varios de sus compañeros se escapaban a paseos en la playa, discotecas, o simplemente al cine, a jugar básquetbol o cualquier otro deporte o se iban a cenar y platicar sin el menor reparo en sus evaluaciones: Al otro día, como por arte de magia, algún *acordeón* aparecía y la mitad del grupo sacaba 9 ó 10 sin el menor esfuerzo. El colmo de los colmos era enterarse por boca de otros o de los mismos compañeros, que más de un maestro conocía esas prácticas y no hacía nada al respecto.

Manuel sufría pensando en las terribles consecuencias que eso traería en un futuro si los profesionistas se comportaban de la misma forma ya dueños de puestos y responsabilidades serias y graves de la vida real, más allá de las aulas. Ese pensamiento se profundizó cuando se enteró que uno de los alumnos que egresaron con él, el mejor amigo del maestro más laxo o tolerante con la disciplina escolar, recibió la oportunidad de ingresar a trabajar a la universidad como maestro de asignatura, por encima de dos de las mejores alumnas de la generación, hecho que lo indignó y lo decepcionó de gran manera.

Manuel piensa en eso mientras camina subiendo la loma de una calle que lo llevará a la colonia más lejana de su ciudad. Carga una mochila donde lleva las cartas que dan aviso a cientos de ciudadanos que han sido llamados a ser funcionarios de casilla. Sabe que se encontrará con gente que lo recibirá de muchas diferentes maneras pero está dispuesto a llegar y a hablar con cada uno de ellos porque se ha preparado muy bien mediante una capacitación a

conciencia y una lectura manuales de procedimientos que le ha dejado claro lo positivo que es para todos el ejercicio de la democracia.

Manuel tiene buena capacidad de palabra y sus conocimientos de universidad en una carrera de ciencias sociales le aportan la cultura general necesaria para tener un poder de convencimiento que animará a los más escépticos, a los más negativos y a los más indiferentes a trabajar como funcionarios de casilla en las próximas elecciones estatales: Manuel ama a su Estado y siente una emoción interna cuando piensa que en un solo día se renovarán los puestos de gobernador, diputados locales y presidentes municipales. Manuel es un gran partidario de la democracia y su sueño máximo es la justicia, el desarrollo y el progreso de su Ciudad, su Estado y su País; pero sabe que no todo se puede hacer de un día para otro, por eso fue el primero de la lista para participar en la organización, la práctica y el proceso de la democracia de ese año.

Tras una larga y agotadora jornada, Manuel, efectivamente, se encontró en las casas que logró visitar ese día con gente de todo tipo: Un joven de 19 años de edad, no estudia ni trabaja, usa shorts deportivos, manifiesta que no le gusta ni le interesa la labor social ni le importa ni cree en la democracia. Manuel primero le explicó lo que es la democracia y en cómo uno se anula de sus propias decisiones al permitir que otros decidan por él sus opciones de voto y les cede a otros sus propios derechos civiles y políticos. También le dijo que un funcionario de casilla es automáticamente un líder porque, entre cientos de opciones, él se responsabilizaría de una mesa de trabajo de toda una colonia, lo cual la gente vería como algo muy importante. Ser funcionario de casilla significa ser capaz, responsable, participativo y patriota. El joven deportista se asombró tanto del argumento de Manuel, que se apuntó para ser funcionario de casilla. Manuel se sintió profundamente inspirado a continuar con su labor.

Un desfile de curiosos casos se fueron sucediendo en la pintoresca colonia que Manuel recorría: Un perro café, celoso guardián de su corral abierto, correteó a Manuel cincuenta metros hasta apoderarse de su mochila de trabajo. Entre el susto, la agitación, el sudor y el ultraje por perder su material de trabajo,

Manuel se vio rodeado de una docena de chiquillos, uno de los cuales traía balón en mano, que reían y carcajeaban al ver al pobre joven sufrir los gajes de su oficio: El perro olisqueó la mochila y, ya aburrido, volvió sobre sus pasos decepcionado y todo, con un paso orgulloso, triunfante y desafiante. Manuel, con alivio, recogió su mochila, lamentando el olor del aliento del perro penetrado en la tela y las pegajosas babas líquidas que mancharon su tela. Los chicos se acercaron a él y le preguntaron qué hacía. Él les explicó: “Trabajo para organizar las elecciones de esta colonia y este barrio. Unas elecciones democráticas son el paso número uno para tener un país con un gobierno democrático también en la práctica, lo cual es muy necesario”. “¿Qué quiere decir democrático?” Preguntó el del balón en mano. “Democrático es una palabra que quiere decir *emanado del pueblo*, o sea elegido por el pueblo, chicos. La democracia es como un juego justo donde todos debemos respetar las reglas”. “¿Un juego? Preguntaron al unísono. “La democracia es ese juego justo donde todos y cada uno de los ciudadanos tienen las mismas obligaciones y derechos. Simple y sencillamente”. “¿Y qué es lo que se gana en ese juego de la democracia?” Preguntó uno de los más bajitos, pero sin duda uno de los más aguzados. “El bien común, amiguito, el bien común”. Le contestó Manuel, mirándolos a todos. “¿Qué es el bien común?” Preguntó otro. “La paz, la justicia, la tolerancia, el respeto... todas las cosas buenas que se necesitan para vivir en armonía, organizarnos para trabajar, para crecer, para progresar, para desarrollarnos, pero sobre todo para convivir”, concluyó Manuel.

El chico que preguntó la primera vez expuso: “Creo que usted nos puede ayudar: En este campo de fútbol que tenemos en este barrio, siempre que estamos jugando llegan otros chamacos más grandes que nosotros y nos sacan del campo y se ponen a jugar ellos y nosotros ya no podemos jugar... ¿Qué podemos hacer?”. Manuel pensó por un momento. “Lo que se puede hacer es que sus padres hablen con esos muchachos y se repartan un horario de juego para ustedes y un horario de juego para ellos que sea equitativo y que se respete ese horario. Eso sería democrático.” Los chicos se miraron entre ellos.

“¡Sí!” Gritaron todos. “Eso es lo que vamos a hacer”

Manuel se retiró contento. Los chicos le dijeron adiós con sus manos, regalándole una sonrisa que Manuel no olvidaría.

En su acalorado jornal, el capacitador Manuel, llegó hacia donde se encontraban tres señoras debajo de un árbol, discutiendo o intercambiando comentarios. Manuel debía llegar a ese domicilio a localizar a una ciudadana insaculada para ser funcionaria de casilla. Algo en su interior le decía que tendría que hacer una labor extra en este caso. Las señoras se notaban poco menos que alteradas y ciertamente preocupadas.

- Buenas tardes, ¿es la casa de Bernardina Romero Oros?-
- Uy, Señor. No sabemos de dónde vendrá usted pero queremos platicarle algo a ver qué le parece. ¿Nos permite?-
- Soy todo oídos, señora.-
- Bernardina Romero Oros es nuestra líder de manzana y de colonia también, pero se encuentra muy enferma. Lamentablemente se ha mudado de ciudad porque el clima del calor la perjudica mucho y tanto polvo que hace por aquí la ha afectado. Se ha ido a vivir a una ciudad de la costa de Baja California y estará por allá con su hijo hasta que se recupere por completo. En su casa se ha quedado su hijo menor, que está ya casado y vive con su esposa y su hijo pequeño...”-
- ¡Qué pena! Lamentó Manuel. ¡Bernardina hubiera sido una perfecta funcionaria de casilla, pero ni modos, lo primero es la salud y, por lo que escucho es una buena ciudadana.-
- Uy, joven. Si es lo que estamos hablando aquí. Ella es la que logró para nosotros el alumbrado público y el servicio de drenaje. Antes de que ella juntara firmas y nos llevara a pedir esos servicios, aquí sufríamos robos, drogadicción, vandalismo y mucha contaminación. Ni el carro de la basura pasaba hasta que ella exigió una ruta para estas calles. Ahora que no está ella no sabemos quién va a ser nuestra líder. Falta poco para la kermesse de la colonia y no sabemos cómo organizarla, ella nos ponía a trabajar, hacíamos todo y las cosas salían muy bien. ¿Qué nos recomienda hacer?-

- Pues, primero que nada las felicito. Es bueno que quieran hacer algo y sigan el ejemplo de su vecina Bernardina. Cuando un líder falta, no siempre podemos sustituirlo con alguien igual. Pero lo que si se puede hacer es continuar su trabajo lo mejor posible. Ustedes pueden hacer una lista de tareas y objetivos que quieren conseguir, primero los más importantes y generales y luego los más pequeños o específicos. Voluntariamente se ofrecerán cada una en ayudar en esas tareas y objetivos y el trabajo de su líder lo seguirán logrando en conjunto. Lo importante es que se manejen las cosas con honestidad, transparencia, equidad en la distribución de tareas y responsabilidades y siempre haya un ambiente de diálogo pacífico para que las diferencias no priven sobre las coincidencias.
- ¿Y si quisiéramos nombrar una líder, como antes?-
- Bueno, dense un poco de tiempo. Unos días o una semana cuando menos. Júntense todos los interesados, propongan u ofrézcanse voluntariamente como candidatas a líder de colonia. Si hay dos o más, que cada una exponga ante todos los demás sus ideas de cómo organizarse y trabajar, sus objetivos y metas importantes; y al final dediquen un día para votar por su líder democráticamente, respetando los votos y respetando el resultado. Deben tener cuidado de que este proceso y sobre todo el resultado no afecte la unidad y la mística de trabajo de todos los miembros del barrio y la colonia.

Las señoras tomaron nota de los consejos de Manuel y decidieron por un tiempo trabajar como un equipo de trabajo sin presidente de colonia y meses después organizarían elecciones para elegir a una de ellas, o en su caso uno de ellos, si los padres de familia se animaban. Le dieron las gracias por sus recomendaciones y Manuel aprovechó para preguntar por calles que no tenían nombre visible y domicilios difíciles de ubicar. Manuel nunca imaginó que ese encuentro sería tan provechoso.

Cuando ya hubo completado su misión del día, Manuel entró en un abarrotes a comprar una botella de agua purificada. Un señor de

cincuenta y cinco años, dueño del establecimiento, al ver su uniforme y su gafete, arremetió contra él.

- El gobierno es el juez y el candidato al mismo tiempo. El gobierno es el dueño de las elecciones. Por eso este país está tan mal. Eso de la democracia son palabras vanas y mentiras.-
- ¿Por qué lo dice, Don Pascual?- Cuestionó tranquilamente Manuel, llamándolo de la misma forma que se llamaba el abarrotés.
- Porque los mismos funcionarios de gobierno son los jefes y trabajadores del instituto electoral. Se roban las urnas, las manosean, las esconden, las hacen perdizas, siempre han de ganar los mismos.
- Si me permite explicarle, Don Pascual, los institutos electorales son organismos autónomos y ciudadanos. Hace muchos años, más de veinte, que los institutos electorales no guardan relación de pertenencia o colaboración partidista ni gubernamental. Todos los que trabajamos para las elecciones federales o estatales tenemos la obligación de no acercarnos ni pertenecer ni hacer nada a favor de un partido político u otro. Los funcionarios de casilla que trabajan en las elecciones son ciudadanos imparciales, como usted o como yo, sin posibilidades de favorecer o perjudicar a nadie. Con todo respeto, Don Pascual, las elecciones son totalmente ciudadanas, se lo puedo demostrar paso por paso.-
- ¡Pero el día de la elección hacen toda la trampa y ahí resuelven todo a su favor, el gobierno y sus malos actúan siempre!- Mascullaba Don Pascual.
- Las elecciones están totalmente diseñadas para que no se pueda hacer trampa. Todos los partidos políticos tienen derecho a tener un representante o más, testigos directos de cada paso de una elección.- Le decía Manuel, mirándolo sinceramente a los ojos.
- Se ve usted buena persona, joven Manuel (leyéndole el gafete), pero con mis años de experiencia lo único que le puedo decir es que los ciudadanos no sabemos si las elecciones son democráticas o no, si

las campañas son democráticas o no. Lo único que quisiéramos es que, si en un solo día, el día de las elecciones, todo se hace sin fraude, democráticamente, sin trampa, que la cosa no se quede solamente ahí, sino que cuando los partidos y las personas tomen el poder, sus obras y sus administraciones sigan siendo igual de democráticas para gobernar así como fueron elegidas. Porque la democracia de un día no resuelve las necesidades democráticas de trescientos sesenta y cinco días.- Concluyó apasionado el señor.

- Tiene usted razón, Don Pascual. Así como hemos sido capaces de ciudadanizar las elecciones, debemos avanzar en la transparencia y vigilancia de nuestros recursos públicos, pero debo decirle que mucho de eso depende de nosotros, ciudadanos, al cumplir con nuestras obligaciones y derechos políticos, civiles y fiscales, exigir la rendición de cuentas, la transparencia en el uso de recursos y solicitar de buena manera atención a los problemas de nuestra comunidad. Si usted se acerca un poco, verá que ya hay leyes y oficinas para que el ciudadano se informe de la gestión de sus gobiernos...
- ¿No me diga?- Preguntó sorprendido el comerciante.
- Se lo juro, Don Pascual. Yo mismo le traeré esa información un día que no esté en mis labores de trabajo. Y lo haré con mucho gusto pues yo, al igual que usted, me preocupa mi ciudad y mi país.-
- Usted, joven, me ha venido a aclarar que si fuéramos más participativos y activos, lograríamos muchos beneficios para nuestra comunidad. Le doy las gracias y lo felicito por su gran trabajo.-
- No es nada, Don Pascual. Para eso estamos los jóvenes.

Al salir, Manuel observó el ocaso y emprendió el camino a casa. Le dio gusto tener un trabajo en el que tuviera contacto con la gente y participar en un proceso donde las cosas fueran, efectivamente, democráticas.

FIN

Autor: Luis Fernando Álvarez Beltrán